

I. INTRODUCCIÓN

1. Descripción General

El ser humano es un ente social, y como tal posee un complejo tejido de relaciones sociales. Algunas de las cuales son de crucial importancia para el desarrollo de su existencia como una forma de sobrevivencia y adaptación de la misma especie. Tal es el caso de los llamados “primeros vínculos” que se establecen en los primeros días del nacimiento entre el infante y su cuidador primario, y cuya importancia de estudio reviste en que éstos pueden ser fuertes determinantes en el establecimiento de posteriores relaciones como son los vínculos de amor en la vida adulta (Martínez, 1994; citado en Ojeda, G., Díaz, L., y Rivera, A., 1998).

Algunas investigaciones documentan la continuidad o mantenimiento a través de la vida de conductas relacionadas al apego, se ha visto que la relación de pareja tiene un proceso de apego, así mismo se considera que toda relación amorosa vivifica una forma de apego, por tanto, los apegos entre adultos tienen dinámicas similares a los apegos desarrollados en la infancia (Díaz y Sánchez, 2002).

Las relaciones interpersonales se alimentan de la capacidad de experimentar y expresar una gama de emociones, de sentir la libertad de dar y recibir afecto y cuidados, de pedir y/o recibir apoyo emocional en caso de estrés, la capacidad de establecer y mantener relaciones afectivas profundas y duraderas. Todas estas son aprendidas en la primera infancia, como consecuencia al proceso de socialización y que desembocan en los estilos de apego que se tendrá con la figura de amor o figura de apego (Ojeda y Díaz, 2000).

Es por esto que la relación de pareja se vuelve tan compleja y difícil de explicar, ya que no sólo conlleva una forma de vincularnos sino que también existen otros elementos que hacen que la relación funcione, uno de ellos es la comunicación que al igual que el apego se da una vez que llegamos a este mundo, la comunicación resulta el factor más importante que determina el tipo de relación que nos suceda en el mundo que nos rodea. Satir en 1978 nos dice que toda comunicación se aprende y esta la aprenderemos con las personas que nos tienen a su cargo desde nuestro nacimiento.

Algunos psicólogos sociales han puesto atención en la comunicación de pareja viendo a esta como la que va a determinar el curso, la satisfacción y el enriquecimiento dentro de la relación. Para Sánchez y Ojeda (1994) la comunicación de pareja es definida como: el vínculo que se establece entre los miembros de una pareja, cuyo propósito es intercambiar información relacionada con uno mismo, con la relación y con aspectos que pueden ejercer influencia sobre ella.

Una variable importante dentro de la comunicación es el estilo con que las personas se comunican. Esto es que cada persona tiene una forma particular de comunicarse, de ahí surge el término “estilo de comunicación”, el cual es definido como la forma en que el mensaje se da y/o la manera en como la persona se comunica, no tanto el contenido (Hawkins, Weisberg y Ray, 1980).

Con base en lo anterior, esta investigación tiene el propósito de identificar la relación entre los estilos de apego y los estilos de comunicación. Si bien se han realizado investigaciones acerca de estas dos variables con factores como la satisfacción marital, sexo, elección de pareja, entre otras; también hay pocas investigaciones que relacionen estas dos variables.

2. TEORIA DEL APEGO

La investigación guiada por la teoría del apego comenzó como un intento de explicar científicamente las observaciones hechas por Sigmund Freud en relación con el vínculo entre el infante y la persona que lo cuida. Freud consideraba que la relación entre el infante y su cuidador servía de prototipo para todas las posteriores relaciones de amor. Las teorías freudianas relativas a la creación y el mantenimiento de este lazo no pudieron comprobarse de manera científica; en consecuencia se propusieron e investigaron otras explicaciones para este fenómeno (Morales, 1999).

Posterior a Freud se postuló la teoría de las relaciones objétales que enfatizan la importancia de las primeras interacciones del niño. Esta teoría se desarrolló en Gran Bretaña a partir de los trabajos de Melanie Klein, W. R. D. Fairbairn y D. W. Winnicott. Estos teóricos ven a las relaciones de los niños con las personas encargadas de su cuidado (objeto primario) durante los dos primeros años de vida, como determinantes para el desarrollo de su personalidad. Hipotetizaron que durante este periodo, los niños

desarrollan una imagen de sí mismo que se basa en la calidad de su relación con su objeto primario (Morris, 1999).

Históricamente, la teoría del apego fue desarrollada como una variante de la teoría de las relaciones objétales. John Bowlby (1958) fue iniciador del trabajo en el campo de la teoría del apego. Postuló cuatro teorías fundamentales referentes a la naturaleza y origen de los vínculos infantiles y estas son:

a. El niño tiene una serie de necesidades fisiológicas que deben satisfacer (de recibir alimento y calor). El hecho de que el bebé se interese por una figura humana con la cual se crea un vínculo de afecto se debe a que aquélla satisface sus necesidades fisiológicas y el pequeño aprende a su debido tiempo, que la madre constituye la fuente de su gratificación. A esta teoría la denominaremos “teoría del impulso secundario” o también se ha denominado teoría del “amor interesado” de las relaciones objétales.

b. En los infantes existe una propensión innata a entrar en contacto con el pecho humano, succionarlo y poseerlo oralmente. A su debido tiempo el bebé aprende que ese pecho pertenece a la madre, por lo cual se apega a ella. A esta teoría la denominaremos “teoría de succión del objeto primario”.

c. En los infantes existe una propensión innata a entablar contacto con otros seres y apegarse a ellos. En este sentido existiría en ellos una “necesidad” de un objeto independiente de la comida, necesidad que; sin embargo, posee un carácter tan primario como la de alimento y calor. A esta teoría la denominaremos “teoría de apego a un objeto primario”

d. Los infantes albergan resentimiento por el hecho de haber sido desalojados del vientre materno, y ansían regresar a él. Esta teoría se denomina “teoría del anhelo primario de regreso al vientre materno”.

Bowlby (1958) consideró al apego como un sistema de control dirigido al objetivo, motivado por la necesidad del infante de sentir seguridad; pensaba que el comportamiento reflejaba la operación de un proceso de influencia biológica que evolucionaba para proteger al niño de daño. Al mantener la cercanía con el cuidador se minimiza el riesgo de daño físico al niño; éste puede buscar bienestar y protección con el progenitor cuando se ve enfrentado a situaciones atemorizantes o a sensaciones angustiosas.

Basado en lo anterior John Bowlby (1958) definió el apego como un vínculo emocional que une al niño con una o algunas figuras en el tiempo y el espacio.

Una vez analizando la conducta de los niños le llevo a conceptualizar la conducta de apego, esta fue definida como “cualquier forma de conducta que tiene como resultado el logro o la conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo”. Esto resulta obvio cada vez que la persona está asustada, fatigada o enferma, y se siente aliviada con el consuelo y los cuidados. En otros momentos la conducta es menos manifiesta. Sin embargo, saber que la figura de apego es accesible y sensible le da a la persona un fuerte y penetrante sentimiento de seguridad, y la alienta a valorar y continuar la relación. Si bien la conducta de apego es muy obvia en la primera infancia, puede observarse a lo largo del ciclo de la vida, sobre todo en situaciones de emergencia. Dado que se observa en casi todos los seres humanos, se le considera parte integral de la naturaleza humana (Bowlby, 1989).

Por tanto la teoría del apego es un intento por explicar tanto la conducta de apego – con su episódica aparición y desaparición- como los apegos duraderos que los niños y otros individuos tiene con otras personas determinadas. En esta teoría, el concepto clave es el del sistema conductual. Al proponer el concepto de un sistema conductual para explicar el modo en que un niño o una persona mayor mantiene una relación con su figura de apego entre ciertos límites de distancia o accesibilidad (Bowlby, 1969).

Bowlby (1989), dice que la teoría del apego considera la tendencia de establecer lazos emocionales íntimos con individuos determinados como un componente básico de la naturaleza humana, presente en la forma embrionaria en el neonato y que prosigue a lo largo de la vida adulta, hasta la vejez. Durante la infancia, los lazos se establecen con los padres (o los padres sustitutos), a los que se recurre en busca de protección, consuelo y apoyo. Durante la adolescencia sana y la vida adulta, estos lazos persisten, pero son completados por nuevos lazos, generalmente de naturaleza heterosexual. Aunque los alimentos y el sexo en ocasiones desempeñan un papel importante en las relaciones de apego, la relación existe por derecho propio y tiene una función propia y clave para la supervivencia, es decir, de protección. Inicialmente, los únicos medios de

comunicación entre el niño y la madre se dan a través de la expresión emocional y de la conducta que la acompaña. Aunque posteriormente complementada por el diálogo, la comunicación mediada emocionalmente persiste, sin embargo, como la característica principal de las relaciones íntimas a lo largo de la vida.

Teóricos tan notables como Melanie Klein (1952), Henry Dicks (1967) y Heinz Kohurt (1971) han formulado diversas hipótesis para explicar cómo el concepto que no se tiene de sí cuando niño surge de las más íntimas y tempranas relaciones, y de qué forma una persona adulta, en vínculos tan estrechos como los matrimoniales, repite este modelo de relación de manera saludable o perturbada. Las denominadas relaciones objétales se refieren a los procesos psicológicos que todo el mundo utiliza, ya tempranamente, para crear imágenes internalizadas del sí-mismo y de los demás. Estas imágenes y estructuras internas establecen los fundamentos de las relaciones íntimas a lo largo de la vida. El desarrollo de la identidad, el aumento de la capacidad para soportar la frustración y los vaivenes de las relaciones íntimas, el incremento de la capacidad de amar y entrar en simpatía, de ser fiel y de depositar confianza todo surge –en la perspectiva de la relación objetal- de la calidad y perdurabilidad de las personas de las que se ha dependido y de la manera en que el niño ha internalizado estas experiencias en los primeros años de vida (Bank y Kahn, 1988).

2.1. Apego en Adultos

Bowlby (1989), afirma que cada pauta o estilo de apego, una vez desarrollada, tiende a persistir. Uno de los motivos es que el modo en que un progenitor trata a un niño, sea para bien o para mal, tiende a permanecer invariablemente. Otro es que cada pauta o estilo tiende a perpetuarse a sí misma. A medida que el niño crece, la pauta se convierte cada vez más en una característica del niño mismo, lo que significa que tiende a imponerla – o a imponer alguna pauta derivada de ella – en las nuevas relaciones: con un maestro, una madre adoptiva u otra persona.

A través de contactos sucesivos con el mundo exterior y de la consecuente capacidad de respuesta o disponibilidad de las figuras de apego, el niño construye modelos internos (conocidos como internal working models o modelos internos activos) del mundo y de las personas significativas dentro de él, incluido él mismo, cada vez

más complejos (Bowlby, 1969/1982; Bretherton, 1985; Main, Kaplan y Cassidy, 1985; Bretherton y Munholland, 1999; citado en Yárnoz, Arbiol, Plazaola y Sainz, 2001). Los modelos internos, una vez organizados, tienen tendencia a operar de forma automática, es decir, fuera de la conciencia. Además, toda nueva información recibida es asimilada a estos modelos preexistentes. Por estas dos razones, los modelos internos tienen tendencias a la estabilidad, aunque pueden ser modificados en determinadas circunstancias (Yárnoz, et al., 2001).

Al respecto de los “modelos internos de trabajo” López, Meléndez, Saber, Berger y Wyssmann (1998; citado en Carrillo, Maldonado, Saldarriaga, Vega y Díaz, 2004), afirman que: un principio que asume la teoría es que la calidad de las variaciones en las experiencias con los cuidadores –particularmente en lo que se refiere a temas como la separación, estrés y reuniones- moldean la formación de los modelos internos de trabajo propios en las relaciones cercanas. Estos modelos incorporan los esquemas cognitivos interrelacionados: un modelo de sí mismo, que contiene percepciones básicas sobre el valor, la competencia y la capacidad de ser amado de uno mismo, y un modelo de los otros es un núcleo de expectativas relacionadas con la posibilidad de confiar y depender de otros significativos en el mundo social.

La teoría asume que las relaciones de apego son un proceso continuo a lo largo de la vida, en el que los modelos internos de trabajo cumplen la función de proporcionar al individuo un sistema de reglas que le permiten dirigir su comportamiento y aprender de la experiencia. De esta manera representan una guía para las relaciones interpersonales en la transición de la niñez a la adolescencia y posteriormente a la adultez (Carrillo, et al., 2004).

El proceso de crecimiento trae consigo una serie de cambios que tienen repercusiones sobre las relaciones de apego de las personas. Pasar de la infancia a la adolescencia y posteriormente a la adultez, puede implicar cambios en el estilo de apego establecido, además de una modificación de los modelos internos de trabajo a partir de las nuevas experiencias que viven las personas. Teniendo en cuenta esto, es posible afirmar que, las relaciones de apego sufren una serie de transformaciones importantes a lo largo del ciclo vital; dichas transformaciones se encuentran determinadas por fenómenos como la separación de los padres, la aparición de los

pares en la adolescencia o la construcción de una pareja en la adultez. Estas nuevas relaciones son fundamentales ya que se convierten en fuentes importantes de retroalimentación sobre el comportamiento social, intimidad, influencia social, relaciones afectivas y compañía en la vida de los individuos (Carrillo, et al., 2004).

A mediados de los años 80 diversos investigadores comenzaron a aplicar las clasificaciones del tipo de apego utilizadas en la infancia –seguro, ambivalente y evitativo- al mundo de los adultos: Main y sus colaboradores desarrollaron la Entrevista de Apego para Adultos (AAI, George, Kaplan y Main, 1985/1996; citado en Yárnoz, et al., 2001), una entrevista semi-estructurada que permite evaluar el estado mental de los adultos con respecto al apego, y que permite predecir con una exactitud del 80% (Van Ijzendoorn, 1995; citado en Yárnoz, et al., 2001) el tipo de apego de los hijos medido con el procedimiento habitual en la infancia, de la situación extraña.

Hazan y Shaver (1987, 1990; citado en Yárnoz, et al., 2001) aplicaron las teorías y métodos del apego al estudio del amor romántico en adultos y a la evaluación de la seguridad sentida hacia la pareja como figura de apego. Ya que al examinar la relación entre los modelos de trabajo del apego y la adaptación social y emocional en adultos, se detalla que el amor romántico es un proceso de apego con dinámicas emocionales y funciones biológicas.

Basado en lo dicho por Bowlby sobre que los estilos de apego persisten hasta la vida adulta pero estos lazos son complementados por vínculos de tipo heterosexual. Bajo este contexto de las relaciones de amor en la vida adulta, al apego se le ha conceptualizado como:

- a. Una necesidad por identificar amor (Harlow, 1958: citado en Ojeda, et al., 1998).
- b. Un componente básico y complementario del amor (Rubin, 1974; citado en Ojeda, et al., 1998).
- c. Un proceso de desarrollo que conlleva al amor romántico (Hazan y Shaver, 1987; Bartholomew y Horowitz, 1991; Tzeng, 1992; citado en Ojeda, et al., 1998).
- d. Un vínculo fundamental en las relaciones humanas (Martínez, 1994; citado en Ojeda, et al., 1998)

Haciendo un análisis de la literatura sobre estilos de apego en las relaciones interpersonales adultas, en general se pueden apreciar dos posturas. Por un lado, hay investigadores (p.e.: Collins et al., 1990; Feeney, 1990; Hazan et al., 1987; cit. en Ojeda, et al., 2000) que se han abocado a ver si la historia de un individuo podría influir en su estilo de apego hacia parejas románticas durante la edad adulta. Mientras que por otro lado, gran número de investigadores se han interesado en el proceso de cómo la gente con determinado estilo de apego mantiene sus vínculos afectivos en sus relaciones cercanas, moldeando la forma y el contenido de las mismas (Martínez, 1994; cit. en Ojeda, et al., 2000). Desde esta segunda perspectiva, los estudios se han enfocado a analizar los modelos de trabajo internos que se forman a partir del proceso de socialización y del cúmulo de experiencias agradables vs. desagradables que se viven con la figura de apego. Por consiguiente tales modelos de trabajo tienen la función de guiar las expectativas individuales de acercamiento-alejamiento hacia la figura de apego, es decir, de buscar vs. evitar vínculos socio-emocionales de la relación. En otras palabras, el esquema mental producto de la auto-percepción de uno mismo y de la valoración que el otro hace sobre nuestra persona, son producto de la evaluación subjetiva y constante que se hace de los intercambios conductuales que se viven con la figura de apego (Bartholomew y Horowitz, 1991; cit. en Ojeda, et al., 2000).

2.2. Estilos de Apego

Un estilo de apego es toda conducta que tiene como objeto una conducta meta: conservar la proximidad tanto física y emocionalmente con la figura de apego (Bowlby, 1969; citado en Ojeda, 1998).

Bowlby en 1989 dice que otro aspecto al que la teoría del apego presenta especial atención es el papel que tienen los padres de un niño en el modo en que éste se desarrolla. La pauta que un individuo desarrolla durante los años de inmadurez – la primera infancia, la niñez y la adolescencia – está profundamente influida por el modo en que sus padres (u otras figuras de paternidad) lo tratan.

Existen tres pautas principales de apego. La primera es la pauta del **apego seguro**, en la que el individuo confía en que sus padres (o figuras parentales) serán accesibles, sensibles y colaboradores si él se encuentra en una situación adversa o

atemorizante. Con esta seguridad, se atreve a hacer sus exploraciones del mundo. Esta pauta es favorecida por el progenitor – en los primeros años especialmente por la madre- cuando se muestra fácilmente accesible y sensible a las señas de su hijo, y amorosamente sensible cuando éste busca protección y/o consuelo.

Una segunda pauta es la del apego **ansioso resistente** en el cual el individuo está inseguro de si su progenitor será accesible o sensible o si le ayudará cuando lo necesite. A causa de esta incertidumbre, siempre tiene tendencia a la separación ansiosa, es propenso al aferramiento y se muestra ansioso ante la exploración del mundo. Esta pauta, en la que el conflicto es evidente, se ve favorecida por el progenitor que se muestra accesible y colaborador en algunas ocasiones pero no en otras y por las separaciones y por las amenazas de abandono utilizadas como medio de control.

Una tercera pauta es la del apego **ansioso elusivo**, en el que el individuo no confía en que cuando busque cuidados recibirá una respuesta servicial sino que, por el contrario, espera ser desairado. Cuando en un grado notorio ese individuo intenta vivir su vida sin el amor y el apoyo de otras personas, intenta volverse emocionalmente autosuficiente y con posterioridad puede ser diagnosticado como narcisista o como poseedor de un falso sí-mismo.

Mary Ainsworth y sus colegas idearon un procedimiento estándar para evaluar los estilos de apego. La “situación extraña” consiste en interacciones entre el niño (de alrededor de un año de edad), los padres y un adulto desconocido hasta el momento para el pequeño. Durante dos breves periodos se deja al niño sólo en presencia del “extraño”. Se observan y califican con cuidado las reacciones de la criatura a la situación y, de manera particular, al retorno de los padres (Ainsworth, Blehar, Waters y Wall, 1978). Los estudios realizados con esta técnica han revelado cuatro tipos distintos de patrones de apego.

El **apego seguro** se caracteriza por una demostración apropiada de angustia, que van, de una calidad y entusiasta acogida de los mismos a su regreso. Los padres de los niños con apego seguro tienden a responder con rapidez y propiedad a las conductas del niño. Las señales de angustia se acogen con una conducta reconfortante, y los comportamientos positivos, con una interacción juguetona (Isabella,

Belsky y Von Eye, 1989). Podría decirse, que estos niños han aprendido que su progenitor está disponible y es confiable.

Para lo que sería un cierto tipo de apego inseguro. Se identificaron tres clases de apego inseguro: el ambivalente, el de evitación y el desorganizador. Los padres de niños con apego inseguro se notan inconsistentes en las respuestas a su hijo. A veces, responden en forma apropiada; otras, lo hacen de manera impropia o no dan ninguna respuesta a las señales del niño.

El **apego ambivalente** se caracteriza por un intenso aferramiento y una resistencia a la separación de parte del niño. Al retorno del cuidador, el pequeño puede vacilar entre el acercamiento y la evitación.

El **apego evasivo** se caracteriza por la falta de expresión de angustia a la partida del progenitor y luego la evitación activa de éste a su regreso. Los padres de los bebés con conductas de apego evasivo se ven reservados, desapegados y, a menudo, rechazan o descuidan también a su criatura. Los niños parecen haber aprendido que sus cuidadores no están disponibles ni se puede confiar en ellos.

La investigación al respecto de los estilos de apego, se han enfocado en la descripción de la conducta de los adultos, extendiéndose hacia el estudio del matrimonio (Collins y Read, 1990; Hazan, 1987; Simpson, 1990; citados en Ojeda, 1998). La mayoría de los estudios (Hazan, et al., 1987; George, Kaplan y Main, 1987) reportan los tres estilos de apego que Bowlby (1977) menciona en su teoría y que son: a) el estilo **seguro** es aquel que permite el desarrollo estable de la relación pues soporta altos niveles de confianza, independencia, compromiso y satisfacción. Estas personas están libres de miedo y ansiedad hacia su objeto de amor (pareja) y la relación que establece con éste (Tzeng, 1992; citado en Ojeda, 1998). b) El estilo **inseguro** es aquél que se caracteriza por conductas de protesta, enojo y mucha angustia ante la separación del objeto de amor. c) El estilo de **evitación** es aquél que se caracteriza por conductas de evitación y angustia hacia el objeto de amor, es decir, estas personas reaccionan con defensividad y rechazo hacia el otro como una forma de protección de sí mismos.

Bartholomew 1991 (citado en Ojeda, 1998) encuentra 4 estilos de apego en adultos, cuya relación con la teoría de Bowlby (1973) se fundamenta en los modelos de

trabajo internalizados que remarca la teoría del self y otra de la figura de apego. Cada modelo internalizado puede ser dicotomizado en positivo y negativo, dando como resultado:

El estilo de **seguridad** es producto de la combinación de la evaluación positiva de ambos modelos de trabajo internalizados (del yo y del de la figura de apego) y se caracteriza por manifestar confort, intimidad y autonomía.

El estilo **preocupado** es producto de la alta evaluación negativa del si mismo y la búsqueda constante de la evaluación positiva de los otros, por lo que se caracteriza por estar constantemente preocupado en las relaciones interpersonales.

El estilo de **alejamiento** es producto de la evaluación negativa tanto por si mismo como por los otros, por lo que se caracteriza por manifestar una disminución de intimidad y mayor independencia en sus relaciones interpersonales.

El estilo **temeroso** es producto de la disposición negativa hacia la demás gente, protegiéndose de las relaciones interpersonales, evitándolas y manteniendo una sensación de independencia e invulnerabilidad.

En México Martínez Stack (1994; citado en Ojeda, 1998), reporta un estilo más de los tres que describe la teoría de Bowlby. Él utilizo la Entrevista de Apego para el Adulto, que es una técnica que no pretende proporcionar una descripción exacta de la etapa infantil, sino representa un modelo con el que trabaja el adulto las relaciones importantes durante su infancia (es decir, sus sentimientos y actitudes actuales con respecto a dichas relaciones); obteniendo los siguientes patrones:

Seguro/autónomo.- Un adulto seguro (descrito como autónomo) valora el apego y es capaz de hablar de él en forma coherente y realista. Solo ha tenido relaciones positivas con sus padres, le reconocen y aceptan sus imperfecciones. Sí han tenido una infancia difícil o de mal trato, pueden reconocer lo poco placentero de su experiencia y han llegado a entenderla, asimismo pueden establecer nuevas e importantes relaciones por ellos mismos.

Evasivo/rechazante.- Los adultos evasivos o rechazantes minimizan la importancia de las relaciones íntimas. Pueden idealizar sus experiencias infantiles, sin ser capaces de proporcionar detalles que los sustenten o, de hecho, dar ejemplos contradictorios. Algunos pueden hablar de experiencias negativas pero sin reconocer

sus efectos. Intentan limitar las influencias de apego en ellos mismos, con cierta incapacidad para intimidar y efectuar rechazos significativos.

Dependiente/preocupado.- Los adultos preocupados persisten en mantener vigentes los viejos pleitos con los padres, la falta de un sentido de identidad personal para con los padres y familiares; además son incapaces de evaluar su propio rol en las relaciones. Tampoco son capaces de tener una visión general y objetiva de sus primeras experiencias, ni de sus interacciones actuales: tienden a referirse sólo a los detalles.

Desorganizado/controlado/indeciso/afligido.- Esta categoría es menos consistente. Sin embargo, los adultos en la categoría de “desorganización” refieren a una aflicción no resuelta producida por la pérdida de una figura de apego. Esta pérdida puede ser física y debida al abuso o descuido. La aflicción inicial no resuelta se infiere porque el individuo sintomáticamente muestra una desorganización cognoscitiva que se hace evidente con mostrarse incrédulo ante la pérdida y persistiendo en sentimientos de culpa.

En el estudio realizado por Ojeda en 1998, encontró que las parejas mexicanas tienden a apegarse hacia su cónyuge en ocho distintas formas, donde:

El estilo **miedo-ansiedades** aquél que se caracteriza por pensamientos negativos; además de mucha angustia y preocupación por sospechas de que la pareja deje de quererlo (a) y se aleje. Es decir, siente mucho miedo a perder a la pareja.

El estilo **inseguro-celoso** es aquél que se caracteriza por desconfianza, inseguridad, celos y dependencia hacia la pareja.

El estilo **seguro-confiado** es aquél que se caracteriza por llevar una buena relación con la pareja donde hay unión, seguridad, estabilidad y comunicación.

El estilo **realista-racional** es aquél que se caracteriza hacia su pareja consciente de la relación, siendo un tanto analítico dentro de ella; busca entendimiento racional para la solución de los problemas (de la misma relación) y hay tranquilidad ante la separación.

El estilo **independiente-distante** es aquél que le incómoda la cercanía, le despreocupa el abandono, muestra indiferencia hacia la lejanía, le disgusta que le expresen sentimientos.

El estilo ***distante-afectivo*** es aquél que evita recibir y expresar afectos, comunicación y cercanía.

El estilo ***dependiente-ansioso*** es aquél que se caracteriza por dependencia y altos niveles de angustia ante la separación.

El estilo ***interdependencia*** es aquél que se caracteriza por una dependencia extrema que lo lleva a querer fusionarse con la pareja, pero además piensa que debe ser recíproco.

Posterior a esto Ojeda en el 2000 realizó otro estudio sobre estilos de apego, este consistía en dar un taller sobre “Estilos de Apego” y posteriormente se pedía a los participantes que dieran palabras definidoras para cada estilo de apego, esto sería en el ámbito de conductas, emociones y pensamientos. Los resultados de esta investigación fue que había cierta consistencia con algunas de las características mencionadas para cada estilo de apego. Para el estilo de apego seguro las palabras que representan los pensamientos, fue que son personas que se autovaloran. Por otro lado, toman una actitud positiva de disfrute y felicidad hacia las experiencias que recogen de la vida (Feeney, op. cit.; citado en Ojeda, 2000). Piensan en la reciprocidad como un elemento importante en las relaciones sociales, tienen una madurez emocional que los conduce a estar más conscientes de sus vivencias y así ver las situaciones estresantes de manera constructiva y positiva. Finalmente suelen pensar que son capaces de confiar en los otros, especialmente en su figura de apego (Ojeda, 2000).

En el caso de las palabras que representan las conductas para el estilo de apego seguro expresan contacto social y búsqueda de proximidad, así como pueden expresar libertad de acción y aceptación de la separación (Ojeda, 2000).

En el área de las emociones las personas con éste estilo de apego se sienten libres de miedo y ansiedad, por lo que su estado de ánimo es de alegría y felicidad, mismo que permite una pronta socialización y mayor involucramiento emocional en relaciones interpersonales (Ojeda, 2000).

En el caso de las personas con estilo de apego inseguro o ansioso en lo que respecta a pensamientos, son las que buscan llamar la atención, buscan agradar y protección, buscan contacto físico y proximidad. En particular, cuando las cosas no salen como ellos esperan, sus pensamientos tienden a tener una orientación un tanta

negativa, se sienten no queridos, no amados y buscan estar extremadamente cerca de su figura de apego, que resalta en el grado que desconfían de su figura de apego. También manejan pensamientos positivos, mismos que se juntan con los negativos en un sentimiento de ambivalencia que expresan a través de reclamos, enojos y protesta con la figura de apego (Ainsworth, et al., op cit.; citado en Ojeda, 1998).

Las conductas de una persona con apego ansioso, según los resultados, reflejan una gran petición de afecto y control.

En cuanto a las palabras que representan los pensamientos de las personas con apego evitante, sugiere que estas personas se ven caracterizadas principalmente por percibir el ambiente y su relación con otros como amenazantes, hostil y en forma negativa. Dentro de las características que acompañan el comportamiento son la evitación, el alejamiento, la separación, el aislamiento, el rechazo, la desconfianza y el no compromiso.

A pesar de que la técnica de registro observacional ha sido el método más utilizado para evaluar apego, ésta se ha aplicado con grandes alcances en población con bebés. Su uso en muestras con adultos se ve limitado, sobretodo por el tamaño de la muestra. Además, dado a la gran diversidad de manifestaciones conductuales que un adulto puede expresar en torno a buscar proximidad y ser ésta una técnica que requiere intermediarios para su utilización (registro y codificación), es que en este inventario no se consideró como herramienta de trabajo (Ojeda, 2003).

Las primeras investigaciones sobre estilos de apego en relaciones interpersonales en adultos, especialmente en parejas y matrimonios (Feeney, Soller y Narran, 1994; Kobak y Hazan, 1991; Senchak y Leonard, 1992; citado en Ojeda, 2003) se han llevado a cabo a través de dos tipos de instrumentos de medición: la entrevista semi-estructurada individual y el autoreporte a través del uso de tests. En el caso de la entrevista, ésta tiene como objeto conocer las experiencias tempranas del individuo y cómo éstas influyen en la manifestación de los estilos de apego en formación de relaciones amorosas en la etapa posterior a la niñez. En el caso del autoreporte, se ha visto que es la técnica más utilizada para observar grupos, sobretodo para evaluar cualquier aspecto que tenga que ver con el manejo, establecimiento y mantenimiento de las relaciones íntimas (Brehm, 1992; citado en Ojeda, 2003). En el caso del estudio

de la conducta de apego en adultos, inicialmente se le utilizó bajo un formato de “ítem singular” de tipo categórico propuesto por Hazan et al. (1987; citado en Ojeda, 2003). De estas descripciones, a los sujetos se les indicaba que respondieran seleccionando forzosamente una de las tres opciones, según sus experiencias, sentimientos y de acuerdo con la opción que mejor caracterizaba el desarrollo de su relación romántica. Más tarde, en respuesta a esta medida categórica unidimensional, se analizó más profundamente, tanto en su contenido como los alcances que puede implicar el ejercer uno u otro estilo de apego, llegando a la conclusión de que éste debería ser conceptualizado como un constructo por su riqueza multidimensional. En ese sentido, se inició con la creación de diversas medidas multifactoriales, derivadas de las primeras, con el objeto de evaluar grados de apego y no necesariamente identificar individuos seguros, inseguros o evitantes. Como resultado de esta segunda era del estudio sobre los estilos de apego se encuentran las escalas tipo Liker al estilo multi-item (Geeney, Soller y Narran, 1994; Simpson, 1990; Best, Rose, Verhoef, Spreng y Bobey, 1998; Ojeda, 1998; citado en Ojeda, 2003) y la inclusión de 4 prototipos, (Bartholomew, et al., 1991; citado en Ojeda, 1998). Posteriormente Martínez (1994; citado en Ojeda, 1998) también encuentra otro estilo de apego.

La inconsistencia con respecto a las distintas categorizaciones que se han hecho con respecto a los estilos de apego reportados en población adulta, enfatizan la necesidad de continuar la labor de investigación en esta área. De tal forma que el presente inventario es una primera aproximación en la medición de las representaciones de los Estilos de Apego en la Pareja Mexicana. Primero se elaboraron estímulos de acuerdo a las definiciones conceptuales emanadas de la literatura, con base en ellas, se pidió a varias muestras que indicaran las conductas, cogniciones y emociones que las representaran. Finalmente, se elaboraron reactivos que concordaban con la definición original y además incorporaban la operacionalización de las muestras (Díaz, 1999). Los factores y los reactivos de este inventario se encuentran en el apartado de Instrumentos donde se da la explicación de cómo se califica, así como los valores de confiabilidad de dicho inventario.

Esto llevó a Ojeda en 1998 a concluir que la diversidad de dimensiones que resultaron conformar el Inventario de Estilos de Apego para la población mexicana

podría deberse a dos cuestiones principalmente. Por un lado, esta variedad de estilos de apego encontrados en este estudio, reafirman de algún modo, que la pareja en sí, es una identidad totalmente distinta a cada uno de sus miembros y que por ende, cada pareja tiene su propia personalidad (Tordjman, 1981; citado en Ojeda, 1998). Pues tales resultados, pueden sugerir que en las parejas mexicanas exista mayor versatilidad, en cuanto a las combinaciones de estilos de apego aprendidos de modelos parentales y su manifestación hacia la figura amada entendiéndose esta no como la primera figura de amor o cuidado primario, sino ya más en un contexto de relaciones interpersonales adultas, como aquella persona con quien se busca compartir una serie de gustos, necesidades, sentimientos, carencias y otras cosas.

En general, los estilos de apego encontrados fueron consistentes con las características que distinguen a un estilo de apego de otro, entre los tres que menciona la Teoría de Apego de Bowlby (1973; apego seguro, inseguro y rechazante; citado en Ojeda, 1998). Para el estilo de apego que es el **seguro**, en la literatura encontramos que las personas que desarrollan este estilo de apego, a lo largo de su vida se muestran bien intencionadas, son realistas y tienen confianza en sí mismas (Collins, et al., 1990; Feeney, et al., 1990; Hanzan, et al., 1987; Simpson, 1990; citado en Ojeda, 1998); además manifiestan alto compromiso hacia la relación y satisfacción marital (Simpson, op. cit.; citado en Ojeda, 1998). Como algunas características que presentan los sujetos de la muestra estudiada que resultaron de los estilos de apego: *seguro-confiado* y *realista-razional*.

En el caso del segundo estilo de apego que es el **inseguro o ansioso**, la literatura refiere que estos individuos plasman en sus relaciones interpersonales características como: una capacidad por el otro de entendimiento medio, son muy desconfiados y sobreprecian al otro de un modo irreal, que les impide entregarse completamente y a largo plazo en una relación duradera (Collins, et al., 1990; Feeney, et al., 1990; Hanzan, et al., 1987; Simpson, 1990; citado en Ojeda, 1998); así como una crónica ansiedad ante la separación de su pareja (Simpson, op cit.; citado en Ojeda, 1998). Algunas de estas características se ven reflejadas en los estilos de apego encontrados en este estudio como es el caso del estilo de apego *inseguro-celoso*, *miedo-ansiedad*, *dependiente-ansioso* e *interdependencia*.

En cuanto al estilo de apego ***evitante o rechazante***, la literatura refleja que estos individuos se manifiestan en sus relaciones interpersonales de manera muy suspicaz y escéptica, comportándose lejanos y distantes (Collins, et al., 1990; Feeney, et al., 1990; Fuller, et al., 1995 Hanzan, et al., 1987; Simpson, 1990; Sroufe, et al., 1990; citado en Ojeda, 1998); como una forma de defenderse pues se sienten a su vez rechazados por su pareja (Simpson, op cit.; citado en Ojeda, 1998). El estilo de apego *independiente-distante* y *distante-afectivo* parecen encuadrar muy bien en esta dimensión teórica.

3. COMUNICACIÓN

La palabra comunicación procede del latín *communicare*, cuyo significado literal es *hacer común*. De esta forma, existe comunicación siempre y cuando dos personas interactúen e, intencionalmente o sin intención, negocien el significado de un determinado fenómeno (Pearson, Turner y Mancillas, 1993).

Tradicionalmente se ha considerado a la comunicación como un proceso simbólico y transaccional, es decir, un trayecto en donde la conducta verbal y la no verbal funcionan como símbolos creados, los cuales permiten compartir significados, interactuar, al mismo tiempo que profundizar en el conocimiento propio y de otras personas (Satir, 1986; citado en Sánchez y Díaz, 2003).

La comunicación es la norma por la que dos personas miden mutuamente su “nivel de olla” (Satir cuando dice “olla”, se refiere a la autoestima o valoración; otra forma de entender este termino es como “el factor crucial en lo que acontecen tanto dentro de las personas como entre ellas, es el concepto de valor individual que cada quien tiene de sí mismo”). Y también es el instrumento por medio del cual ese nivel puede modificarse para ambos. La comunicación abarca toda la amplia gama de formas en que las personas intercambian información: incluye la información que proporcionan y reciben, y la manera en que ésta se utiliza (Satir, 1978).

La conceptualización de la comunicación es múltiple, algunos autores (Stewart y D’Angelo, 1975; citado en Ojeda, Díaz y Rivera, 1997) indican que es una capacidad individual de compartir humanidad. Para Salazar, Montero, Muñoz, Sánchez y Villegas en 1970 (citado en Ojeda, et al., 1997), dicen que es un sistema en el que interactúan dos o más elementos. Bateson y Ruesch (1984; citado en Ojeda, et al., 1997) la define

como el único medio que hace posible el intercambio de información. Nina (1991; citado en Ojeda, et al., 1997) la manera como un proceso de interacción por medio de dos niveles: un nivel verbal y otro no verbal, y dos dimensiones: un contenido y un estilo. En el caso del nivel verbal, comprende como su nombre lo indica a la palabra; en cuanto al nivel no verbal, éste está integrado por diversas señales que van desde movimiento y posturas corporales.

La comunicación verbal se divide en dos sectores: la comunicación expresiva que abarca la palabra y la escritura, y la comunicación receptiva, que consiste en escuchar y leer. La comunicación verbal utiliza como soporte el lenguaje.

El lenguaje es el instrumento de comunicación más importante que el hombre posee. Gracias a la facultad de comunicar mediante el lenguaje y la escritura, el hombre se ha convertido en la especie animal hegemónica de nuestro planeta.

Una palabra no es un mero símbolo sobre un papel, o una simple vibración del aire: es un instrumento de comunicación, y su uso requiere ciertas precauciones. El valor de una palabra se mide por su significación. Tiene que ser tan exacta como sea necesario, y debe evitar la ambigüedad y adaptarse al nivel de comprensión de la persona a quien se dirige.

En el adulto el fenómeno de la comunicación sirve de vehículo del pensamiento, a través de formas específicas y personales que se han desarrollado de una manera más o menos consciente.

El lenguaje, sobre todas las otras diferencias, es lo que separa al hombre del resto de los animales. Sin él, la cultura, la historia –casi todo aquello que hace del hombre lo que es– serían imposibles. En la conversación cara a cara, sin embargo, el lenguaje se desarrolla en un marco de comunicación no verbal que es parte indispensable del mensaje. Esto debería resultar obvio; algunos científicos han llegado a afirmar que el lenguaje hablado sería imposible sin los elementos no verbales (Davis, 1987).

Toda relación cara a cara, con excepción tal vez de las más fugaces, tiende a buscar su propio equilibrio. Algunos puntos, como la posición relativa de cada uno de los interlocutores, el grado de intimidad que piensan lograr, el papel que jugará cada

uno en la conversación y los temas que abordarán, se ven determinado hasta llegar a un entendimiento mutuo y sobreentendido (Davis, 1987).

Un punto muy importante dentro de la comunicación no verbal es que las emociones se transmiten de esta forma. En los gestos y postura un individuo dejará entrever su abatimiento; de igual manera otro dejara traslucir su miedo a través de su cuerpo tenso. Teóricamente, el equilibrio emocional no es absolutamente necesario en una relación; sin embargo, la conversación se hace bastante difícil sin él (Davis, 1987).

Frase (1978; citado en Ojeda, et al., 1997) añade al respecto que los elementos que integran la comunicación no verbal pueden conformar a su vez otros sistemas: por ejemplo, los movimientos y posturas corporales forman lo que se conoce como Sistema Cinético; los gestos y expresiones faciales constituyen el Sistema Paralingüístico; las entonaciones y secuencias de voz conforman al Sistema Entonacional. Las dimensiones por un lado se refieren a los temas que se comunican y a la frecuencia con que se hacen; y por otro, a la forma con que estos temas son transmitidos (Watzlawick, et al. 1967; Ricci Bitti y Zani Bruna, 1990; Nina Estrella, 1991; citado en Ojeda, 1995), formando así, ambos niveles y dimensiones, parte del contexto en que se desarrolla tal interacción social.

Satir (1978), considera que los elementos de la comunicación son: a) el cuerpo porque posee movimiento, forma y figura; b) los valores porque determinan lo que se considera correcto, o no, sobre una manera de vivir; c) las expectativas cuyo origen son las experiencias pasadas; d) los órganos sensoriales que permiten ver, oír, oler, saborear y tocar e) la habilidad para hablar haciendo uso de las palabras y la voz; f) el cerebro que es el almacén de todos sus conocimientos, incluyendo lo que haya aprendido de las experiencias pasadas, lo que haya leído, y lo que le haya enseñado.

La comunicación es el factor determinante para desarrollar buenas o malas relaciones sociales incluso la interacción aparece de entrada, como un proceso de comunicación, cada individuo adquiere una forma particular de comportamiento dependiendo de la situación, porque el contexto en cada relación social define realmente la estructura del mensaje y su contenido (Watzlawick, 1994; citado en Pérez, Ibarra, Castro y Manjares, 2002). La comunicación es también un proceso psicológico, la recepción de un mensaje no es un riesgo pasivo, es una actitud activa de escucha en

el cual intervienen múltiples factores (de selección, de inferencia) éstas regulan la interpretación del mensaje. La comunicación, entonces puede ser definida como un sistema abierto de interacciones, es decir, toda relación establecida entre sujetos, se inscribe siempre en un contexto (Pérez, et al., 2002).

Dentro de las relaciones interpersonales, el buen desarrollo de la comunicación y su efectividad depende de las cargas afectivas simultáneas y hasta contradictorias en las que los sujetos se ven sumergidos, ya que una persona puede reportar tristeza, pero a menudo las informaciones verbales sobre las emociones encuentran ciertas limitaciones, ya sea por el hecho de que no siempre es fácil reconocer y dar un nombre apropiado a los sentimientos, o porque la expresión de la emoción requiere un grado de inmediatez expresiva que la comunicación verbal permite (Ricci y Zani, 1990; citado en Pérez, et al., 2002).

3.1. Comunicación en pareja

La comunicación en la pareja será definida como: el vínculo que se establece entre los miembros de una pareja, cuyo propósito es intercambiar información relacionada con uno mismo, con la relación y con aspectos que pueden ejercer influencia sobre ella (Sánchez, 1994).

La comunicación de pareja es un proceso dinámico de un intercambio de acciones, pensamientos, sentimientos y que tiende a compartir algo valioso y que aumenta la calidad en la relación (Pimienta, 2002).

La comunicación por tanto abarca una amplia gama de signos que representan cosas, sentimientos e ideas que crean una realidad interpersonal característica entre personas. Por ejemplo, las parejas pueden usar los besos, la comida especial y bromear como símbolo de amor; o el silencio y la distancia como muestra de enojo. De igual forma, durante la comunicación, cada uno de los miembros de la díada impacta en el otro, al compartirle información de índole personal (auto-divulgación) o no personal, lo que crea una nueva realidad para la pareja (Sánchez, 2002).

En el proceso de la comunicación entre los miembros de una díada están en juego varios elementos que en conjunto repercuten en la vivencia o experiencia de intimidad entre los miembros: por una parte, el lenguaje no verbal y por otra, el lenguaje

verbal que incluye a su vez: los tópicos sobre los cuales la pareja se comunica, su frecuencia o cantidad (contenido), y la manera en que esa información verbal es transmitida (estilos) (Norton, 1978; citado por Nina Estrella, 1991).

La comunicación es un elemento importante para la relación de pareja. Por medio de la comunicación, la pareja puede tener intercambio de información sobre sentimientos, temores y percepción hacia la pareja (Noller, et al., 1982; citado en Sánchez, 2003).

En la vida cotidiana de la pareja conyugal, la comunicación asume un papel de vital importancia para los protagonistas y los testigos de la relación (Nina, 1996). Según Fritzpatrick, M. A. (1993), la comunicación en la pareja cumple las siguientes funciones: 1) organizar la relación, 2) construir y validar de forma conjunta una visión sobre el mundo y 3) proteger a los cónyuges de situaciones que les resulten vulnerables.

Este uso de la palabra en la relación marital tiene diversas manifestaciones que se pueden enmarcar entre lo constructivo y lo destructivo. Es por medio de la comunicación que los cónyuges pueden brindar información verbal sobre sentimientos, percepciones y temores (Jorgensen y Gaudy, 1982; citado en Nina, 1996), impresiones, pensamientos y secretos de su vida (Bradwshaw, 1995; citado en Nina, 1996), historias de su vida pasada y presente (Navran, 1967; citado en Nina, 1996) y acerca del funcionamiento de la relación marital (Epstein, Boshop y Baldwin, 1982; citado en Nina, 1996).

Por lo mencionado anteriormente la comunicación tiene un papel importante en las investigaciones sobre el matrimonio ya que es uno de los principales elementos que pueden llegar a facilitar y enriquecer una relación conyugal (Miller, Corrales y Walkman, 1975; citado en Nina, 1986). Debido a esto se han analizado diferentes aspectos y formas de comunicación que se dan entre los cónyuges, entre las que se encuentra la autodivulgación.

El estudio de la autodivulgación en las relaciones conyugales se inicia con las investigaciones de Jourard en 1958, quién considera que el divulgar, a la pareja sobre los aspectos que se refieren a la vida matrimonial, influye de forma positiva en la comprensión, ajuste y satisfacción de los cónyuges (Jourard, 1971; citado en Nina, 1986). Se puede decir, que es a partir de este momento cuando se desarrollan varios

estudios sobre la autodivulgación marital en relación a tres aspectos principalmente: 1) variables demográficas, 2) contenido de la divulgación (frecuencia y motivo) y 3) satisfacción marital (Nina, 1986).

Nina en 1986 realizó un estudio exploratorio en el que pretendía conocer objetivamente que divulgan las parejas mexicanas entre si, y que aspectos están relacionados con las divulgaciones. Nina encontró que aparentemente en las relaciones conyugales mexicanas es importante divulgar sobre todos aquellos temas que tienen que ver con la vida marital. Entre lo que es agradable conversar se mencionó entre otros aspectos lo relacionado con el amor, los sentimientos, la vida sexual, lo que comparten juntos y las expectativas hacia el futuro. Esto para Nina corrobora lo encontrado por Gilbert (1976; citado en Nina, 1986) en cuanto a que en el matrimonio es donde más se dan las divulgaciones de tipo íntimo.

Otras investigaciones sobre la comunicación encontramos que Elú de Leñero en 1971 (citado en Pick y Andrade, 1987), en uno de los estudios llevados a cabo hasta ese momento en el campo de la comunicación en pareja en México encontró que el 68.9% de las parejas que reportaban altos grados de satisfacción marital también indicaban que se comunicaban con frecuencia con sus cónyuges con respecto a una amplia gama de temas. Posteriormente en 1976 Leñero en otro estudio descriptivo sobre la familia en México, indicó que el 60% de las parejas con las que él trabajó se comunicaban de manera deficiente e indicaban bajos índices de entendimiento entre ellos.

Nina Estrella (1986; citado en Nina, 1996), realizó un estudio de tipo exploratorio acerca del contenido de la comunicación, con el objeto de conocer de qué conversaban con mayor frecuencia los cónyuges en su relación. En el encuentra que hablan más de temas acerca del diario vivir, la situación económica, los hijos y la familia extendida. Al parecer estos temas son necesarios para mantener el funcionamiento de la familia. En un estudio anterior hecho por Nina Estrella en 1985 informa que en matrimonios mexicanos, la satisfacción depende de la divulgación de sentimientos y emociones, mientras que, para los puertorriqueños resulta más significativo conversar de temas referentes a la toma de decisiones y roles en la relación.

Por otra parte también se ha estudiado el contenido de la comunicación con base en el marco conceptual de tipologías de la interacción marital (Noller y Fritzpatrick,

1993). Considerando esto, se establecen categorías de matrimonios en cuanto a patrones de comunicación (Nina Estrella, Díaz Living, Pick de Weiss y Andrade Palos, 1991; citado en Nina, 1996), encontrando que existen tres tipos: 1) comunicativos: parejas en donde ambos cónyuges hablan mucho entre sí; 2) disparejos: parejas donde la comunicación entre los cónyuges es diferente y 3) callados: parejas en la que ambos cónyuges hablan poco entre sí.

En 1988 Susan Pick realizó un estudio para ver la relación entre el número de hijos, la satisfacción marital y la comunicación con el cónyuge. Se encontró que la comunicación con la pareja se encuentra en proporción inversa al número de hijos, al igual que en el caso de la satisfacción marital. En este estudio se vio que entre mayor sea el número de hijos que se tenga en el matrimonio menor satisfacción y comunicación de pareja existirá, esto debido a que la atención concedida originalmente al cónyuge, se tiene que desviar hacia los niños (Pick, 1988).

3.2. Estilos de Comunicación

El estilo de comunicación influirá en la forma en como el sujeto entabla sus relaciones de pareja, la comunicación positiva estimulará reacciones positivas en su pareja y viceversa.

Nina Estrella (1991) define estilo de comunicación como la forma o manera positiva o negativa en que se trasmite la información verbal. Así, los estilos de comunicación permiten dar forma al significado literal de la información que se recibe. Mientras que para Norton (1983) el estilo de comunicación es la forma en que el individuo se comunica, para definirlo toma en cuenta la forma verbal y no verbal de interacción ante un código que debe ser comprendido para poder interpretar, filtrar o entender el significado literal del mensaje. En este proceso, la personalidad de cada individuo juega un papel importante ya que se verá reflejada en la manera en que se comunica. Este autor también considera que los estilos de comunicación reflejan la calidad de la relación de pareja y que pueden ayudar a mantenerla de manera estable.

Sánchez en 2003 en su artículo nos dice que al buscar no un patrón, sino su diversidad en la dinámica de la comunicación de familias o parejas, los estudiosos del

área empezaron a proponer tipologías que ilustran la gama de posibles maneras de intercambiar información con otras personas.

Miller, Nunnally y Wackman (1976; citados en Sánchez, et al., 2003), describen cuatro diferentes estilos de comunicación verbal:

Estilo 1: este posee las características de ser sociable, amigable, juguetón, optimista, una forma es esencial para intercambiar información convencional y de acuerdo a expectativas sociales. Usualmente, las intenciones del transmisor son, el ser agradable y amable, deseando comunicar positivamente tópicos específicos sin involucrar mucho de sí mismo.

Estilo 2: este tiene la intención de forzar un cambio en la otra persona; generalmente, su comunicación incluye juicios que indiquen que algo es correcto o no, y acciones que señalen lo que se debería hacer o no. Esta forma tiene la particularidad de persuadir o desear controlar lo que está sucediendo o lo que sucederá, por lo que sus características son ser demandante, persuasivo, comprensivo, controlador, directivo, ofensivo y prejuicioso, además de que tiende a etiquetar a los demás y a implicar que los demás están equivocados.

Estilo 3: es reflexivo, explora y mira hacia lo que ha sucedido en el pasado para anticipar el futuro. Es un patrón especulativo en el que la persona elabora, investiga, desea y es propositiva. Generalmente, este estilo se expresa en el ámbito cognoscitivo e interpretativo, pero mostrando poca emoción al tomar partido en discusiones o actividades.

Estilo 4: este expresa la intención de tratar un tema de manera abierta y directa, por lo que quien hace uso de este estilo, está en contacto con los pensamientos, sentimientos, intenciones propias, de su pareja y de las implicaciones a la relación en forma honesta y responsable. Las características de este comunicador son ser: conciente, activo, congruente, responsable, comunicador, comprensivo y cooperativo.

Tiempo después Noller (1978; citado en Sánchez, et al., 2003) planteo una tipología con nueve estilos de comunicación los cuales incluyen:

Dominante: es el que tiende a hacerse cargo de las interacciones sociales (“tengo la tendencia de dominar conversaciones informales cuando estoy con otras personas”).

Dramático: es el que manipula a los demás a través de la exageración, las fantasías, historias, metáforas, ritmo de la voz y otros elementos que resaltan el contenido de la comunicación (“frecuentemente exagero verbalmente para enfatizar un punto”).

Contencioso: es aquel que le gusta discutir por todo, co-varía con el dominante y tiende a tener componentes negativos (“muy frecuentemente insisto que otros documenten o presenten algún tipo de prueba de lo que están diciendo”).

Animado: es quien provee de contacto visual frecuente, usa muchas expresiones faciales, gestos y movimientos corporales y posturas para exagerar el contenido de su comunicación. Generalmente luce atractivo y confiable (“mis ojos tienden a reflejar en alto grado lo que estoy sintiendo cuando hablo con alguien”).

Impactante: es una persona que es fácilmente recordada por el estímulo de comunicación que proyecta (“dejo en la gente una impresión de mí que tienden a recordar”).

Relajado: es el que proyecta un estilo variable, abre la puerta a análisis complejos y ricos (“como regla suelo ser calmado cuando hablo”).

Atento: es el que tiende a escuchar y es empático (“me gusta escuchar cuidadosamente a la gente”).

Abierto: este se caracteriza por ser platicador, amable, comunal, no reservado, extrovertido y franco (“prefiero ser honesto y abierto con una persona aún si la lastimo”).

Amistoso: es el que se representa en un estilo variable que va de no ser hostil a ser profundamente íntimo (“habitualmente reconozco verbalmente las contribuciones de otras personas”).

Otra propuesta sobre los estilos de comunicación es la de, Hawkins, Weisberg y Ray (1980; citado en Sánchez, et al., 2003), quienes proponen y definen cuatro estilos de comunicación: convencional, controlado vs. especulativo y social.

El estilo **controlado:** es el que minimiza la importancia del otro, no le da oportunidad de verbalizar y tiene alta divulgación emocional que va acompañada de significados implícitos para el otro.

El estilo **convencional:** en este también se inhibe al otro, tiene baja divulgación lo que provoca la evasión de temáticas importantes y la superficialidad en temas como

una fiesta, el clima, entre otras cosas; lo cual sirve para mantener la relación temporalmente sin enterarse del punto de vista del otro.

El estilo **especulativo**: es abierto hacia la exploración del otro buscando información sobre creencias, emociones, ideas, entre otras. Este estilo también es analítico, su discurso implica la actitud abierta y respetuosa hacia los puntos de vista alternativos, pero es bajo en auto-divulgación, especialmente de sus sentimientos.

El estilo **sociable**: en este también se interesa en el otro, lo respeta y escucha además de que brinda información personal con facilidad.

Satir en 1978 viendo la interacción de la gente llegó a darse cuenta de que utilizan ciertos modelos de comunicación. Los cuatro modelos que ella identificó son: aplacar, culpar, superrazonar y distraer.

1. **Aplacar** de tal manera que la otra persona no se enoje. El aplacador siempre habla de manera a congraciarse tratando de complacer, de disculparse, nunca está en desacuerdo en ninguna forma. Es alguien que habla como si no pudiera hacer nada por sí misma, siempre necesita tener aprobación de otros.
2. **Culpar** para que la otra persona te crea fuerte (si se aleja será su culpa y no la tuya). El acusador siempre encuentra fallas, es un dictador que manda. Se siente superior y parece decir: "Si no fuera por ti, todo andaría bien".
3. **Superrazonar** con el mensaje resultante que tratas de enfrentarte a la amenaza como si fueras inofensiva, y establecer además, tu propio valer empleando palabras altisonantes. El superrazonable es exageradamente correcto y razonable y no demuestra ningún sentimiento. Es calmado, frío, e imperturbable. Podría compararse con una verdadera computadora o un diccionario. Físicamente, se siente seco, frecuentemente frío y distante. La voz es monótona, seca y las palabras tienden a ser abstractas.
4. **Distraer** de manera a ignorar la amenaza, comportándose como si no existiera (probablemente, si se hace durante suficiente tiempo, desaparezca verdaderamente). El irrelevante como también se le puede denominar dirá o hará cosas que tengan poca relación con lo que digan o hagan los demás. Nunca da una sensación interna. La sensación interior es de confusión. La voz como un

sonsonete, frecuentemente en desacuerdo con las palabras, y puede subir y bajar de tono sin ningún motivo, porque no se dirige a nadie en particular.

Satir (1978) vio que existe una quinta respuesta que llamo **abierta o fluida**. En esta reacción, todos los elementos del mensaje van en la misma dirección – la voz dice palabras que concuerdan con la expresión facial, la posición del cuerpo, y el tono de voz. Otro aspecto de la reacción abierta es que representa la verdad de la persona en ese determinado momento.

Nina Estrella (1991) creo un Inventario de estilos de comunicación para parejas mexicanas en la que explora cuatro dimensiones o formas de comunicarse con la pareja:

Comunicador Positivo: que se refiere a un estilo abierto, en donde la persona quiere escuchar al otro y trata de comprenderlo. Generalmente, entre los cónyuges al darse un intercambio de información e ideas, se expresan de manera amable, educada y afectuosa. A través de estas características se manifiesta el valor que los mexicanos le dan a las relaciones interpersonales, en donde les es importante tener gestos sociales positivos.

Comunicador Negativo: este incluye conductas calificadas como conflictiva, rebuscado y confuso que afectan a la comunicación. Se puede presentar este estilo ante situaciones de conflicto o de desacuerdo en la relación de pareja produciendo que la comunicación sea inadecuada.

Reservado-reflexivo: en el que la personas no es expresiva al comunicarse, es posible que se adopte este estilo para crear una barrera en el proceso de comunicación de la pareja, quizá con el objeto de evitar involucrarse en la relación.

Violento: que se refiere a formas que pueden crear problemas en la comunicación de pareja.

Díaz Loving y Sánchez (2002) complementaron el estudio de Nina con respecto al estilo de comunicación y encontraron 6 estilos:

Romántico: afectuoso, amoroso, acogedor, tierno y cariño

Abierto: directo, sincero, abierto, franco y claro

Positivo: amable, cordial, accesible, cortés y conciliador

Callado: seco, callado indiferente, reservado y frío.

Negativo: temperamental, intratable, irrespetuoso, rebuscado, conflictivo y confuso.

Violento: arrebatado, brusco, agresivo, dominante, violento y gritón.

Otra investigación que se realizó en 1991 por Nina Estrella, Díaz Living y Susan Pick, sobre comunicación y estilo: un análisis en la relación marital. En esta investigación se observó que las parejas denominadas comunicativas, son aquellas donde los cónyuges conversan más entre si, utilizan un estilo de comunicación positivo y esto comprueba la teoría de que a mayor comunicación mayor satisfacción marital. Así mismo las parejas de estilo de comunicación callado, presentan en sus conversaciones un estilo negativo y reservado de comunicación, lo cual se le puede atribuir a problemas de insatisfacción y de comunicación entre los cónyuges.

Finalmente encontramos el estudio realizado por Sánchez Aragón y Díaz Loving (2003), con el fin de elaborar un inventario de estilos de comunicación en pareja, en este estudio ellos encontraron los siguientes estilos de comunicación:

Tabla 1. Definiciones de factores positivos y comparación por Yo y Mi pareja.

Yo Positivo	Mi Pareja Positiva
<u>Social Afiliativo:</u> caracteriza al comunicador amistoso, amable, cortés y atento, que hace uso de expresiones de cariño, comprensión, dulzura y afecto como formas de complacer y ser sociable.	<u>Social Afiliativo Simpático:</u> caracteriza al comunicador amistoso, amable, cortés y atento, que hace uso de expresiones de cariño, comprensión, dulzura y afecto como formas de complacer y ser sociable. Para lograr un efecto más positivo se muestra simpático, encantador, juguetón y ocurrente.
<u>Social Auto-modificador:</u> este estilo es tolerante, prudente, respetuoso y razonable ante las demandas de su pareja en forma, tranquila, relajada y racional.	<u>Auto-modificador Constructivo:</u> este estilo de comunicación refleja una disposición a ser prudente, reflexivo, tranquilo, sensato y razonable ante su pareja.
<u>Simpático:</u> este patrón de comunicación es optimista ante la vida para lo cual se expresa ocurrente, juguetón, oportuno y platicador.	
<u>Abierto:</u> el comunicador de este tipo es franco, directo, expresivo y a la vez curioso.	<u>Abierto:</u> el comunicador de este tipo es franco, directo, expresivo y a la vez curioso.
<u>Social Normativo:</u> este prototipo de interlocutor se basa en las normas sociales que dictan que el individuo debe ser correcto, educado, ordenado y cordial al interactuar con otros.	<u>Social Normativo:</u> este prototipo de interlocutor se basa en las normas sociales que dictan que el individuo debe ser correcto, educado, ordenado y cordial al interactuar con otros.
<u>Reservado-reflexivo:</u> adjetivos como ser precavido, cauto y analítico lo definen.	
<u>Claro:</u> al comunicarse se muestra congruente, coherente y comprometido.	<u>Claro:</u> al comunicarse se muestra congruente, coherente y comprometido.
	<u>Empático:</u> en esta forma de comunicación, características como ser consecuente, considerado, complaciente y comprensivo

	favorecen la interacción consciente del otro del sí mismo.
	<u>Social Expresivo</u> : en esta dimensión se agruparon los adjetivos sociable, platicador, risueño y expresivo.

Tabla 2. Definición de factores negativos y comparación por Yo y Mi pareja.

Yo Negativo	Mi Pareja Negativa
<u>Violento Instrumental</u> : este estilo se caracteriza por ser amenazante, agresivo, atacante, abusivo y violento durante la conversación.	<u>Violento Instrumental y Expresivo</u> : aquí se conjunta el violento instrumental y el hiriente expresivo.
<u>Evitante</u> : patrón que refleja la frialdad y severidad al mostrarse frío, severo, intolerante, distante, limitante, indiferente e inexpressivo al comunicar.	<u>Evitante</u> : patrón que refleja la frialdad y severidad al mostrarse frío, severo, intolerante, distante, limitante, indiferente e inexpressivo al comunicar.
<u>Hiriente Expresivo</u> : disposición cuya tendencia se centra en ser inquisitivo, insolente, hiriente, injusto, humillante, recriminante en combinación con ser grosero y ofensivo.	
<u>Autoritario</u> : tendencia a mostrarse enérgico, exigente, enjuiciador, dominante, autoritario y mandón con la pareja durante sus intercambios de información.	<u>Autoritario</u> : tendencia a mostrarse enérgico, exigente, enjuiciador, dominante, autoritario y mandón con la pareja durante sus intercambios de información.
<u>Irritante Expresivo</u> : es cuando quien comunica es latoso, fastidioso, busca confundir y enredar al otro haciendo uso del discurso monótono y difícil.	
	<u>Ambiguo rechazante</u> : este estilo refleja varias formas de agresión encubierta como ser rebuscado, limitante, rechazante a la vez que impreciso al comunicar.
	<u>Maquiavélico</u> : es una forma particular de ser quisquilloso, dictatorial, censurante y ambiguo al comunicar.
	<u>Chismoso</u> : este tipo favorece el conflicto al criticar y confundir al interlocutor.
	<u>Impulsivo</u> : disposición destructiva, que muestra inconformidad e injusticia.

Probablemente, el origen de la investigación referente a las variables del género que mantienen una relación con el proceso comunicativo data de la época en la que los investigadores realizaban estudios en los cuales incluían el sexo biológico como una categoría que permitía determinar si aquél afectaba, o no, al propio proceso comunicativo que tiene lugar entre las personas. La mayoría de estos estudios consideraba el sexo biológico como un rasgo accidental más que como el principal punto de interés en el cual fundamentar el estudio sobre el citado proceso (Ball, 1958; Bryan y Wilke, 1942; citados en Pearson, Turner y Mancillas, 1993). Además, todos

estos estudios se basaban en un paradigma que sugería que los hombres y las mujeres eran diferentes, y que, consecuentemente, estas diferencias destacarían cualquiera que fuese el ámbito de investigación.

Hace aproximadamente veinte años, los investigadores comenzaron a considerar que las diferencias biosexuales podían afectar al proceso comunicativo en sí, por lo que esas diferencias se constituyeron en objeto fundamental de estudio. En esta primera oleada de investigaciones se establecieron un buen número de diferencias referentes a la forma de comunicarse de ambos sexos (Bostrom y Kemp, 1968; Brooks, 1974; citado en Pearson, et al., 1993).

Gilligan (1982; citado en Pearson, et al., 1993) sugiere que, basándose en las diferentes relaciones mantenidas con un protector femenino (la madre), los niños y las niñas desarrollan diferencias psicológicas, así como distintas formas de percibir el mundo que les rodea. Estas diferencias se maximizan durante la edad adulta. Según Gilligan, los hombres conciben las cosas en términos de jerarquías verticales, mientras que las mujeres las conciben en términos de jerarquías horizontales o bien de redes.

Los hombres y las mujeres poseen percepciones diferentes, utilizan símbolos verbales y no verbales distintos, y diferentes en lo que respecta a sus propias habilidades para revelarse a si mismos, para mostrar empatía, para escuchar y para ser asertivos (Pearson, et al., 1993).

Con respecto a la relación que existe entre la comunicación personal en la pareja y variables sociodemográficas hay relativamente poca información. En relación a diferencias entre sexos, se ha encontrado que las esposas divulgan más que los esposos (Chelune, 1975; Jourard, 1964 y Singer, 1981; citado en Pick y Andrade, 1987). Se ha sugerido que esto se debe a patrones diferentes de socialización entre sexos (Dewitt, 1977; citado en Pick y Andrade, 1987). Pearson (1989; citado en Pick y Andrade, 1987) halló que mujeres con rasgos masculinos se comunicaban más que aquellas bajas en masculinidad y hombres con rasgos femeninos más que aquellas con calificaciones bajas en esta características por lo cual concluye que la comunicación personal se relaciona con los roles sexuales, no necesariamente con el sexo determinado biológicamente. Burkey, Weir y Harrison (1976, citado en Pick y Andrade, 1987) encontraron que las mujeres comunicaban significativamente más a sus

cónyuges que sus esposos. Ambos sexos daban razones semejantes para comunicar y diferentes para no comunicar. Schumm, Figley y Fuhs (1981; citado en Pick y Andrade, 1987) encuentran una dinámica diferente para hombres y mujeres con respecto a la comunicación que se da entre ellos.

Posterior a estas investigaciones se vio que en cuanto a las diferencias sexuales observadas en diversos estudios con respecto a la comunicación, se puede decir que, de inicio las mujeres ven a sus esposos como insensibles ante sus pláticas, que no comparten sus preocupaciones, son acusados de ser deficientes al emitir y al recibir información personal; mientras que los hombres acusan a sus esposas de hablar acerca de cosas irrelevantes y de no mostrar interés en el sexo sino en la interacción (Hawkins, Weisberg y Ray, 1980; citado en Sánchez, 2002). Esto se ve apoyado por Noller (1984; Sánchez, 2002), quien menciona que las mujeres son en general más expresivas al comunicarse en comparación a los hombres, quienes muestran falta de responsividad y expresividad. Por su parte, Honeycutt, et al. (1982; cit. en Sánchez, 2002), en un estudio encontró que las mujeres prefieren el estilo positivo al comunicarse con su paraje, mientras que sus esposos prefieren utilizar un estilo de control. A lo que White (1989; citado en Sánchez, 2002) apoya, indicando que las mujeres y hombres muestran diferentes estilos de respuesta en el matrimonio, los hombres asumen una postura coercitiva, mientras que las mujeres son más afiliativas. Tolhuizen (1989; citado en Sánchez, 2002) por su parte, reporta que los hombres usan más estrategias directas y expresiones de afecto verbales más frecuentes que las mujeres; y que ellas reportaron usar más estrategias de aceptación y negociación que ellos. Por lo dicho anteriormente, parece que los hombres son más directos al expresar afecto, más preactivos y líderes cuando desean intensificar sus relaciones, mientras que las mujeres parecen ser más responsivas al liderazgo de los hombres y están más preocupadas con colaborar en el mejoramiento de la relación (Sánchez, 2002).

Nina Estrella (1991) en su investigación sobre estilos de comunicación encontró que hay diferencias significativas entre sexos, diciendo que los hombres consideran que sus esposas utilizan en mayor medida un estilo violento es decir, que para ellos las mujeres al comunicarse son más agresivas, nerviosas, temperamentales. Por su parte las mujeres consideran que sus esposos utilizan un estilo más reservado, esto tal vez

se deba a las normas culturales que a través del proceso de socialización enseñan a los hombres a ser poco expresivos. En el análisis de pareja se encontró que cuando el hombre adopta un estilo de comunicación sea positivo, violento, reservado o negativo, la esposa hará uso del mismo estilo en la relación.

Michaud y Warner (1997; citado en Sánchez, 2002) muestran que ante situaciones de conflicto, las mujeres reportan mayor probabilidad de comunicarse siendo simpáticas y dando consejos en comparación a los hombres, quienes mostraron mayor posibilidad de evasión ya sea cambiando el tema, bromeando o actuando como si no pasara nada.

Sánchez en 2002 hizo un estudio para ver el estilo de comunicación que utilizan los hombres y las mujeres y lo que encontró fue que los hombres son más amenazantes, agresivos, fríos, intolerantes, inquisitivo, hirientes, latosos y difíciles al comunicarse con su pareja en comparación con las mujeres. Esto podría deberse al proceso de socialización que se encarga de enseñar a los hombres a ser poco expresivos y ser agresivos para defender su poder legítimo. Algo interesante en las mujeres, son aquellas negativas pero expresivas, un área que tradicionalmente había sido manifiesta por mujeres... ellos tenían negatividad pero instrumental.. ahora parece ser que en la búsqueda de ser mas expresivos, lo están haciendo pero en formas no muy saludables.

En cuanto a la percepción de mi pareja, se puede observar que también son los hombres los que perciben a su pareja como más violenta, abusiva, humillante, ofensiva, fría, intolerante, rebuscado, limitante, quisquillosa, ambigua, critica, confusa, inconforme e injusta.

4. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Como punto de partida para entender una relación de pareja se debe considerar, que para los seres humanos, más que para ninguna otra especie, las necesidades de afecto, apego, cuidado, cariño, interdependencia, compañía y amor, son genéticamente básicas y determinantes para la sobrevivencia de la especie. No cabe duda el papel fundamental que juega la herencia biológica en el establecimiento y conducción de las interacciones emocionales y sociales tempranas, y en la importancia de éstas en el

aprendizaje acerca de y posterior al establecimiento de patrones conductuales y afectivas necesarias para la sobrevivencia del ser humano (Díaz, 1996).

Basado en lo dicho anteriormente, la teoría del apego (Bowlby, 1969, 1973, 1980; citado en Díaz Loving, et al., 2002), señala que el apego diádico que se da entre el infante y el cuidador, es un mecanismo conductual que funciona para alcanzar una meta deseada y que el grado de confianza en sí mismo, adquirida durante la infancia, niñez y adolescencia, en relación de la figura de apego, trae por consecuencia ciertas expectativas que se mantienen a través de la vida del individuo (Shaver, et al., 1988; citado en Díaz, et al., 2002). La teoría conceptualiza al apego como la propensión de los seres humanos a crear vínculos afectivos fuertes con otras personas (Bowlby, 1989). Este autor supone que un sistema de apego incluye el mantener la proximidad entre infantes y sus cuidadores bajo condiciones de daño o amenaza. Formulaciones más recientes (Ainsworth, et al., 1978; citado en Díaz, et al., 2002), ven al sistema de apego como un mecanismo que provee al infante de un sentido de seguridad. Por ello, la calidad del apego temprano esta enraizada en el grado en el cual el infante confía en el objeto de amor como una fuente de seguridad.

De acuerdo con la teoría del Bowlby, los niños internalizan las experiencias con sus cuidadores, de tal forma que el apego temprano se vuelve una forma prototipo para relaciones posteriores fuera de la familia (Díaz, et al., 2002).

Basados en esta teoría se espera que los sujetos que responden a cada uno de los estilos vivan sus relaciones amorosas en forma diferente y que dependiendo del estilo de apego, las personas muestran distintas relaciones y rasgos de personalidad (Díaz, et al., 2002).

Debido a la complejidad, a la importancia e influencia de las relaciones íntimas en la sobrevivencia, evolución y significación de los seres humanos, se hace necesario crear aproximaciones teóricas y empíricas que permitan ahondar en su significado, dinámica y funcionamiento. Es así que los seres humanos necesitan tanto de los demás para poder, por un lado, desarrollar sus capacidades sociales (p. e.: hablar, querer socializar, cuidar, proteger, compartir, etc.) y por otro lado, satisfacer algunas de sus necesidades afectivas y de orden fisiológico como son el sentirse queridos, apapachos, amados, importantes, entre otras cosas (Ojeda, 2003).

Es dentro de la interacción de la pareja que la comunicación toma gran importancia, ya que está abarca una amplia gama de signos que representan cosas, sentimientos e ideas que crean una realidad interpersonal característica entre dos personas (Sánchez, 2002).

La comunicación es un proceso por el cual la pareja puede tener un intercambio de información sobre sus sentimientos, temores y percepción hacia la pareja (Jorgesen y Gaudy, 1980; citado en Sánchez, 2002), impresiones y pensamientos (Fitzparick, 1988; citado en Sánchez, 2002); sobre su vida pasada, actitudes y situaciones relacionadas con su vida presente (Navaran, 1967; cit. en Sánchez, 2002), así como lo que se relaciona con el funcionamiento de la relación marital (Lewis, Bravers, Gossett y Phillips, 1976; cit. en Sánchez, 2002). En general, se considera que la comunicación se compone de un conjunto de variables como son la valencia, la efectividad de la comunicación, su contenido y el estilo del comunicador.

Para esta investigación nos enfocaremos en el estilo de comunicación definido por Nina (1991) como la forma en que la información relevante a la relación de pareja es transmitida; además esta autora considera que el estilo refleja la calidad, la exclusividad y la satisfacción en la relación de pareja. Investigación al respecto ha demostrado que el estilo de comunicación tiende a variar dependiendo de varios aspectos, entre los que resaltan: la situación (Mitchell, 1982; cit. en Sánchez, Díaz y Rivera, 1996), el vínculo afectivo con el interlocutor, el sexo de quien comunica (Honeycutt, Wilson y Parker, 1982; op. cit.) y la cultura a la que se pertenece (Nina, 1991).

Tomando en cuenta lo mencionado anteriormente surgen las preguntas de ¿Existirá una relación entre los estilos de apego y los estilos de comunicación en pareja?, ¿Existirán diferencias entre la forma en que las mujeres y los hombres se comunican?.

El objetivo de esta investigación es estudiar la relación entre los estilos de apego y los estilos de comunicación en pareja.

Los objetivos específicos de esta investigación son:

1. Conocer el estilo de apego que se presenta con mayor frecuencia en la relación de pareja.

2. Conocer el estilo de comunicación más usados dentro de la relación de pareja.
3. Estudiar la relación entre las ocho formas de apego y los etilos de comunicación.
4. Conocer si existen diferencias entre el estilo de comunicación utilizado por los hombres y por las mujeres.

Por tanto las hipótesis de investigación para este trabajo son las siguientes:

- Hi1: Las personas con estilos de apego seguro-confiado, realista-racional e interdependencia presentaran los estilos de comunicación yo positivo.
- Hi2: Las personas con estilos de apego miedo –ansiedad, inseguro-celoso, independiente-distante, distante-afectivo y dependiente-ansioso presentaran correlación positiva con los estilos de comunicación yo negativo.
- Hi3: Las mujeres presentaran mayor uso de estilos negativos de comunicación que los hombres.